



## Ante el centenario de la muerte de Rosario de Acuña



Macrino  
Fernández Riera

En el verano de 1909, la prensa local informa de la presencia en Gijón de la escritora Rosario de Acuña, así como de las gestiones que está realizando con el fin de construir una vivienda en sus alrededores. La ciudad, que no le es desconocida, pues ha estado en ella en diversas ocasiones (la última, el año anterior, cuando pasó varios meses en el más absoluto anonimato residiendo en una pensión), se presenta ante sus ojos como el lugar ideal para pasar la última etapa de su vida: es una población no muy grande; entre sus gentes se encuentran «algunos entusiastas de la razón y la libertad» que llevan tiempo insistiendo para que aquí fije su morada; y en sus proximidades se hallan rincones encantadores donde el embravecido mar no se cansa de rugir frente a los abruptos acantilados.

Será en uno de estos lugares, un tanto alejado del centro de la población, donde encuentre el terreno sobre el que edificará su morada. Se trata de una finca de unos dos mil quinientos metros cuadrados situada en un promontorio del agreste litoral, en la zona conocida como El Cervigón, que se halla a unos cuatro o cinco kilómetros de las calles más céntricas. Después de mirar y mirar, parece ser que ha encontrado un lugar que la satisface, razón por la cual se muestra decidida a pagar los cuatro mil reales que piden por él. A primeros de septiembre del año 1909 solicita el oportuno permiso municipal para construir una vivienda en el terreno de su propiedad; a finales del mismo mes ya lo tiene en su poder y puede iniciar la construcción.

Es de suponer que las instrucciones dadas al constructor serían muy precisas, ya que sabía perfectamente lo que quería al respecto, basta leer lo que ha predicado durante años a sus lectoras: fachada al sol del Mediodía, galería de cristales diáfanos y rectos, cocina amplísima, radiante de luz, con bruñidos suelos y techo elevadísimo, y amplia salida de humos... Mientras se construye su casa, va tomando contacto con la ciudad y ocupando de forma esporádica la tribuna de El Noroeste. Será en las páginas de este periódico donde nos enteremos de que ya se encuentra en su nueva vivienda, como bien atestigua la datación de uno de sus escritos: «En mi casa del Cervigón (Gijón) 1º de julio de 1910». La información acerca del lugar, inusualmente completa, parece evidenciar su satisfacción. Al fin está en «su casa», su retiro soñado. Casi desde la niñez, había deseado «vivir y morir en esta Asturias, a la que conozco palmo a palmo»; había querido vivir en una casa como la que ahora tiene, sobre un acantilado, frente al solemne mar, abrigada por la soledad de la naturaleza; lejos

## Abiertas de par en par

La construcción de la vivienda de la pensadora a las afueras de Gijón y sus percepciones sobre la ciudad



Manuel Azaña, a la izquierda, en la terraza del Club de Regatas, el 22 de septiembre de 1932, durante una comida organizada por el Ayuntamiento. | Constantino Suárez / Fototeca del Museo del Pueblo de Asturias

del imperio de las vanidades y los oropeles ciudadanos. Allí estaba, por fin.

El distanciamiento del núcleo urbano le proporciona la tranquilidad que deseaba, ciertamente, pero aquella casa solitaria no pasaba desapercibida para nadie que se acercara a la bahía gijonesa, tampoco para quienes se habían erigido en defensores de la ortodoxia religiosa. Contaba con ello, pues su activa militancia en defensa de la libertad de conciencia le había deparado todo un rosario de penalidades: insultos, procesamientos o desahucios (tuvo que abandonar su granja avícola de Cueto «porque la dueña de la finca donde la tenía instalada, señora feligresa muy amada de un canónigo de la catedral de Santander, sintió terrores de conciencia por tener alquilada su finca a una hereje, y me arrojó de ella»). Detrás de muchos de estos padecimientos doña Rosario atisbó a ver la mano de poderosos enemigos, algunos vestidos de negro, los cuales no desaprovechaban ocasión para sembrar la insidia y la calumnia a su alrededor.

Ejemplos no le faltaban para apoyar sus sospechas. Uno de ellos, quizás el más claro, es el que le cuenta a su amigo José Nakens, director del semanario El Motín, en una carta que le envía en abril de 1920. En ella le da noticias de un artículo escrito por un asturiano de Tineo, que en Cuba ejerció de periodista, y que había sido publicado ocho años antes en el Diario de la Marina de La Habana, «en que se probaba que yo era bruja, que salía

### Manuel Azaña quiso conocer la morada de Rosario de Acuña cuando era jefe del Gobierno

todas las noches por el tejado a hacer mal de ojo a los aldeanos, que vivía en una casuca miserable a cuyo alrededor no crecía ni la hierba». El texto llevaba por título «La casa del diablo» y «fue repartido profusamente por los caseríos del contorno con la piadosa intención que es de suponer. ¡Como ellos no se atreven todavía a quemarnos quieren que nos quemem los embrutecidos por ellos!».

Dicen que en la puerta de aquella casa lució durante un tiempo un cartel que decía «Inútil llamar: no se recibe a nadie», pero la advertencia estaba destinada a desalentar a los curiosos; el resto tenía franco el camino. Aunque la leyenda pintaba aquella vivienda con lúgubres colores, lo cierto es que el hogar de doña Rosario tenía las puertas siempre abiertas. Claro es que no para todos. Faltaría más. Lo cierto es que hasta allí se acercan con cierta frecuencia, a conversar largo y tendido de lo divino y de lo humano, antiguos y nuevos amigos entre los que se encuentran periodistas, directivos del Ateneo Obrero, maestros, destacados elementos del re-

publicanismo gijonés como Benito Conde o Lucas Merediz, el periodista Antonio Oliveros, quien, según sus propias palabras, aceptó la dirección de El Noroeste por consejo de su anfitriona. Lo hace el marino Fernando Dicenta, que no dudaba en pasar por allí cada vez que arribaba a puerto, como ya lo hiciera de estudiante o acompañando a su progenitor, el famoso dramaturgo. También las hermanas Rosario y Aquilina Rodríguez Arbesú, dos jóvenes vecinas de la parroquia de Roces quienes, habiéndola conocido en una conferencia que pronunció en Gijón y a la que les había llevado su padre (probablemente en la inauguración de la Escuela Neutra), mantuvieron con ella una estrecha relación.

Además de estas visitas más o menos habituales, también hubo otras que han dejado constancia de su estancia. Como Virginia González, la primera mujer que formó parte de la dirección de una organización política española al incorporarse en el año 1913 al Comité Nacional y a la Ejecutiva del PSOE, también integrante de la dirección de la UGT. Se conocieron en un mitin celebrado en Turón y en Gijón consolidarían su amistad. Allí estuvo, en El Cervigón: «Sabíamos que la puerta de la casita solitaria, situada en un alto a orillas del mar, que nunca se abría a ninguna visita convencional, quedaba de par en par cuando se aproximaban a ella los obreros». Ciertamente, la casa del acantilado tenía franca la puerta cuando hasta allí llegaban quienes necesitan trabajar para vivir. Pree-

ba de ello fueron las giras que, coincidiendo con la celebración del Primero de Mayo, tenían por destino la casa de Rosario de Acuña. De la última, ocurrida cuatro días antes de su muerte, contamos con un valioso testimonio, pues uno de sus protagonistas dio cumplida cuenta de la misma en las páginas de El Socialista.

Parece evidente que, en contra de lo que se afirma en el artículo publicado en «El Diario de la Marina», las puertas de «la casa del diablo» sí que se abren, de par en par, para muchos de los que hasta allí se acercan. La mayoría pasan en su compañía unas horas en animada conversación. Otros hay que, llegados desde más lejos, allí se alojan unos días, disfrutando de la tranquilidad, de las incomparables vistas que el lugar ofrece y de las atenciones que les brinda su anfitriona.

Tal es el caso del escritor Joaquín Dicenta Benedicto de quien sabemos que en alguna de sus visitas a Gijón estuvo allí alojado. También de algunos miembros de la familia portugaluja Conde-Pelayo con la cual doña Rosario mantuvo relación, tanto con Volney, como con su hermano Ángel y su cuñado, el actor y músico José Tejada, quienes en el verano de 1917 pasaron unos días en El Cervigón. Así como del escritor Ángel Samblancat que no dudó en acercarse hasta allí cuando en 1919 visitó Asturias para pronunciar varias conferencias. Y ya en los últimos años era habitual la visita veraniega de Tito y Esperanza, hijo y nuera de quien fuera presidente de la Primera República. Exorista Salmerón, notable ilustrador y caricaturista, solía acudir con su mujer, siempre en agosto, a aquella cita anual que tenía en la «casa del diablo», a la cual y al decir de algunos, nadie se atrevía a entrar.

Hubo otros ilustres personajes que también quisieron conocer la casa de El Cervigón, aunque no lo hicieran como invitados. Tal es el caso de Manuel Azaña Díaz, quien en septiembre de 1932 y siendo jefe del Gobierno, realizó un viaje a Asturias, visitando Oviedo, la fábrica de armas de Trubia y Gijón, donde el Ayuntamiento de la ciudad le obsequió con un banquete en el Club de Regatas. La concha de San Lorenzo aguardaba a los comensales cuando salieron a la terraza a tomar el café. En el otro extremo del escenario se encontraba la que había sido la última morada de doña Rosario. No parece probable, dado lo apretado del programa de aquella visita, que el señor Azaña se acercara hasta el otro extremo de la bahía para visitar aquella casa que se contemplaba desde tan privilegiado mirador. Pero si no fue posible entonces, sí que lo fue al año siguiente, en un nuevo viaje que realizó el jefe de Gobierno a Asturias. A mediados de agosto volvió a Gijón... y subió hasta El Cervigón para conocer la casa de aquella ilustre compatriota que se llamó Rosario de Acuña Villanueva.